



(Alfonso I, el Católico.)

## ALFONSO EL CATOLICO.

«Con el auxilio de la gracia divina obtuvo el cetro, y logró humillar muchas veces la soberbia de los árabes. Lo que sigue probará de cuánta gracia y virtud estaba adornado.»

(CRÓNICA DE SEBASTIAN, Obispo de Salamanca, escrita en el siglo IX)

Hé aquí uno de los nombres mas gloriosos que se escribieron en las páginas de nuestra historia, y que debemos por lo mismo recordar en las de un periódico que há tanto tiempo se envanece justamente con el noble dictado de *Español*. En efecto, al par que la figura colosal de Pelayo, se dibuja la de Alfonso el Católico, y con razon; pues si el primero alcanzó la gloria de fundar sobre una victoria, siempre memorable, uno de los mas esclarecidos tronos de la tierra, el segundo tuvo la no menos grande de afianzar su poderío, dilatando el reino cristiano de Asturias á una triple estension, y plantando con robusta mano, cual monumento de civilización, de independencia y libertad, la noble enseña que de Pelayo heredara, *la cruz de la victoria*.

Envueltos en tinieblas se nos muestran aquellos siglos de hierro y sangre, mas ricos de hazañas que de ciencia, y cuyos anales podemos tan solo encontrar bárbaramente, aunque no sin poesía, trazados en

un breve Cronicon por la devota pluma de un monje, ó en los toscos chapiteles bizantinos de alguna iglesia olvidada. Así pues, para formar la biografía del primer rey español que llevó un nombre, al que parece quiso el Cielo vincular todas las grandes dotes que deben poseer aquellos á quienes confia el peso terrible de una corona (1), tenemos datos harto escasos. Una sola consideracion puede de algun modo consolarlos de esta falta que lamentamos, y es, que las noticias que de Alfonso hemos logrado reunir, no aparecen escritas por la mano de la fábula, pues que nos las transmiten, no solo los cronistas cristianos, á quien pudiera acusarse de parciales, sino tambien los árabes, que tan orgullosos á la sazón con sus conquistas en Asia, Africa y Europa, confiesan unánimes el terror y espanto que les infundia la espada terrible del animoso *Caudillo de los Asturíes*, del *Rey montañés de los Infieles de Adefuns el temido*.

Cuando la desastrosa batalla de Guadalete arruinó el trono de Ataulfo, vivia un caudillo español llamado *Pedro*, que con el titulo de *Duque de Cantabria*, y aunque dependiente de los Reyes Godos, ejercia cierta especie de soberania sobre los valerosos montañeses que

(1) Una rápida mirada á la historia de España bastará á convencernos de esta asercion, pues en la larga serie de *Alfonso*s que figuran en los anales de Asturias, Leon, Castilla, Aragon y Portugal, apenas encontraremos uno que no deba calificarse de gran monarca. Mendez-Silva, en su Catálogo real de España, dice que *Alfonso* en lengua goda significa *fel*, amado y favorecido.



moraban en aquella parte de la cordillera de los Pirineos, donde nace el Ebro (1). Este Pedro, que contaba entre sus ascendientes á los reyes Recaredo y Leovigildo (2), fué padre de dos hijos, llamados, el uno *Froila* y el otro *Alfonso*, que es aquel cuyos sucesos vamos á recordar. Algunos fijan su nacimiento en 682, pero su patria es aun desconocida. Nosotros opinamos pudo ser la antiquísima ciudad de *Tricio*, que estaba situada en el lugar que hoy lleva el mismo nombre en las cercanías de Nájera; y nos fundamos en que era la capital de la Cantabria, y donde en aquella época solían residir los duques de este país (3). Sin duda Alfonso mostró desde sus primeros años las sobresalientes prendas que después le conquistaron tan grande celebridad, puesto que muy joven le confiaron los reyes Egica y Witiza el mando de sus ejércitos (4). Dicese que combatió como esforzado en Guadalete, y que con Pelayo, su pariente, se retiró á Cantabria, donde y en Asturias se señaló por su valor en los combates que precedieron y sucedieron al gran triunfo de Covadonga, conquistando varios pueblos de que se apoderaron los moros, entre los que nombran los historiadores asturianos á Tineo, que formaba parte del patrimonio particular de Pelayo (5). Prendado este heroico príncipe del esforzado ánimo de Alfonso, le recompensó dignamente, concediéndole la mano de su hija Ermisenda (6). Segun las tradiciones asturianas, fijaron entonces ambos esposos su residencia en una modesta casa de campo en las riberas del Sella, muy cercana á Cangas de Onís, donde Pelayo tenía su corte. Allí permanecieron durante el reinado de este monarca y el muy breve de su hijo Fabila, que terminó desastrosamente con su vida entre las garras de un oso, en un monte que se alza á pocos pasos de la morada de Alfonso y Ermisenda. Corría el año 759, cuando ocurrió este lastimoso suceso, y los próceres y obispos que vivían en Asturias, sin tomar en cuenta á los hijos del muerto rey, que se supone serían muy niños, pusieron aquella corona, que aunque tan pobre simbolizaba tantas glorias, en las sienes de Alfonso, ornadas ya con el laurel de la victoria.—El reino de los cristianos de Asturias, llamado tambien Reino *montañés*, comprendía entonces solamente el escaso territorio que limitan los montes *Herbaseos* ó de *Arbas*, el mar, el río *Eo* y los montes de Vizeaya. Habían pasado veinte años desde la batalla de Covadonga, que los árabes, ocupados en discordias intestinas y en extender sus conquistas por las Galias, no cuidaran de vengar, y en los vasallos de Alfonso ardía cada vez mas viva la llama del amor pátrio, al par que el deseo de la venganza contra los aborrecidos extranjeros que les arrebatáran religion, patria y libertad. No se ocultaron á los perspicaces ojos del nuevo rey tan felices disposiciones, y llamando á su alrededor á todos los cristianos capaces de llevar las armas, improvisó un ejército, compuesto de *Astures*, *Cantabros*, *Euskaros*, *Galaicos* y algunos *Godos*, refugiados del interior de España. El arreo de estos guerreros era cual su época, grosero y bárbaro, como nos lo muestran los restos de esculturas contemporáneas que aun se conservan, y la descripción que de ellos hacen las historias árabes.—Una de estas, escrita por el *Lughi*, dice de los soldados de Alfonso el Católico: «Vienen estrañisimamente vestidos, con la cabellera larga y tendida, con una birreta ó morrion tosquisimo, labrado de un enrejado de hierro, y afianzado al cuello con una correa. Sus armas son, además de la honda, que manejaban con singular destreza, la saeta de tres piés de largo, que arrojaban de muy lejos, la hoz con el filo al interior, al contrario del alfanje oriental, el rejon, para las peleas de

cuerpo á cuerpo, el agudo chuzo y la ancha segur de los leñadores. Usan tambien del *bidente*, que es un garrote de cuatro piés de largo, armado de una gran media luna de hierro, y cuyas puntas distan mas de dos piés. Esta es una arma terrible contra la caballería.»—Otros escritores musulmanes nos dicen tambien que los montañeses Euskaros y Vascones (vizcainos y navarros) iban por aquel tiempo vestidos de pieles de osos, y usaban por únicas armas chuzos y guadañas.

Rompió Alfonso con su formidable hueste por la Galicia, y en 742 se apoderó de la antigua y fortísima ciudad de Lugo, que era la mas principal de aquella tierra.—Reedificó la catedral de Santa María, é hizo buscar al obispo *Odoario*, «que hacia veinte y cuatro años abandonara su silla huyendo de los sarracenos, y permaneciendo durante este luengo espacio en lugares salvajes y desiertos.» Al mismo Odoario confió el rey el cuidado de repoblar la ciudad y plantar en sus alrededores viñas y frutales (1).—Tambien envió algunos de sus capitanes á las aldeas cercanas, á la sazón derruidas, para que las restaurasen, concediéndoles el dominio de las mismas, y de las que tomaron aquellos el nombre, que después distinguió á sus descendientes. A la conquista de Lugo sucedieron las de Orense, Tuy y demás poblaciones de Galicia. Penetró después el esforzado rey en la Lusitania, y se hizo dueño de Oporto, Braga, Viseo, Chaves, Agara y otros pueblos, y regresó á su corte cargado de ricos despojos y llevando tras sí multitud de esclavos musulmanes. En otra campaña conquistó á Leon, talando su comarca y pasando á filo de espada á sus defensores, sin duda por la porfiada resistencia que le oponían. Aquí parece acuñó monedas, tal vez en memoria de tan señalada conquista, pues se conserva una que los numismáticos de mas nombradía le atribuyen (2). Véase en ella la cruz con el *alpha* y *omega*, perpétua insignia de los monarcas asturianos, el anagrama del nombre de Cristo, y esta leyenda:

ANFUS REX LEO CIVITAS.

No se detuvo aquí el animoso caudillo de los cristianos en la gloriosa carrera de sus triunfos, pues avasalló tambien á Lcdesna, Salamanca, Zamora, Astorga, Saldaña, Amaya, Simanra, Oca, Miranda, Briones, Cenicero, Alesanco, Clumia, Osma, Arganza, Sepúlveda, Avila, Segovia y otra multitud de pueblos, fortalezas y caseríos (3), de los territorios de Cantabria y Alava hasta el Vidasoa y confines de Aragon, haciendo flotar su vencedora bandera desde el Océano Occidental hasta los Pirineos, y desde el mar Cantábrico hasta los altivos montes de Guadarrama y últimos confines de los Campos-Góticos (hoy tierra de Campos), que despobó y arrasó (4). Quedó pues por lindero del reino asturiano el caudaloso Duero. Es de lamentar aquí lo descarnado y conciso de las crónicas coetáneas, que solo refieren en conjunto esta serie de victorias y conquistas, sin relatarnos el orden con que fueron llevadas á cabo, ni los poderosos obstáculos con que sin duda hubo de luchar en esta memorable cruzada el valeroso Alfonso, que segun algunos venció á los sarracenos en treinta y cuatro batallas campales. Despréndese sin embargo que su sistema de guerra era el mismo que el de los *Almogabares* de la edad media y de los guerrilleros de nuestros dias; esto es, esquivar en lo posible las grandes batallas, fatigar á los enemigos antes de combatirlos, y con movimientos rápidos y atrevidos caer sobre ellos cuando menos lo esperaban, dejando por huellas la muerte, el incendio y la devastacion. Pasaba á cuchillo á los musulmanes que le oponían resistencia, y reducía á la esclavitud á cuantos podia haber á las manos, como tambien á sus hijos y mujeres, y se llevaba tambien tras sí á los cristianos que moraban con los infieles, ya para engrasar el ejército, ya para repoblar algunos territorios de los mas cercanos á Asturias y menos espuestos á las correrías de los árabes, como las montañas de Liébana y Transmiera en Santillana, las villas de Primorias, Sopuerta y Carranza, las comarcas de Logroño, Najer y otros pueblos de Rioja, y la parte marítima de Galicia y del país de Burgos (5). Las ciudades ó fortalezas que no podían conservarse,

(1) La Cantabria confinaba por el Norte con el mar que aun lleva su nombre, y comprendía toda la costa, desde el cabo de Peñas, que era de los Astures, hasta el río Nervion, donde llegaban los *Antrigones*. Por el Mediodia no estan bien determinados sus linderos, aunque consta que las montañas de Reinosa y la region de los antiguos *Berones*, hoy Rioja, formaban parte del Ducado de Cantabria.

(2) «...*Filius Petri Ducis ex semine Leovigildi et Recaredi Regum progenitus*, dice hablando de Alfonso el Católico el Cronicon de Sebastian, obispo de Salamanca. En una escritura sobre la poblacion de la ciudad de Lugo, dice el Obispo Odoario, refiriéndose al mismo Rey, su contemporáneo: «...*Ipsa erat de stirpe Regis Recaredi*. En un privilegio de Alfonso el Casto á la Iglesia de la misma ciudad de Lugo se lee tambien: «*Ildephonsus Rex, Petri Ducis filius, qui Recaredi Regis Gotorum stirpe descendit*. Por lo demás, la ascendencia paterna del Duque Pedro es muy controvertida. Trelles, erudito historiador de Asturias, presenta la siguiente genealogía, que aunque bastante curiosa, no la creemos del todo demostrada.—Lupo ó Lupano, Duque de Cantabria, en tiempo de Jesucristo.—Lucio-Lupo.—Audilo.—Macrino-Lupo.—Nestor.—Cenon I.—Karalio (nieto del anterior).—Cenon II.—Lupo II.—Ceferino.—Lupo III.—Celino.—Aroardo.—Lupo IV.—Ethonio.—Cenon III.—Lupo V.—Celio.—Leoncio.—Argoto.—Velindo.—Lupo VI.—Amadio.—Antemio.—Cenon IV.—Ellocio.—Pallancio.—Lupo VII.—Pedro.—Alfonso el Católico.—Añade el mismo Trelles que Pedro era tio de Pelayo, como hermano de su abuelo Veremundo. Mendez-Silva, en su Catálogo Real, presenta así el linaje de Alfonso el Católico. Leovigildo.—Recaredo I.—Liuya II.—Pedro.—Recaredo.—Pedro.—Alfonso el Católico.—El nombre y estirpe de la madre de este permanecen ignorados. Abarca, en los *Anales de Aragon*, dice era hermana del rey Rodrigo.

(3) Aun se ven en Tricio, villa un octavo de legua de Nájera, y situada sobre una eminencia, algunos vestigios de acueductos y fuentes de fabrica romana.—El P. Risco, refiriéndose al arzobispo D. Rodrigo y al obispo Sampedro, afirma era aqui donde vivían los duques de Cantabria. (*España Sagrada*.)

(4) *Tempore Regum Egicani et Witizani, Princeps militie fuit*. (Cronicon de Sebastian, obispo de Salamanca.)

(5) Trelles, *Asturias ilustrada*.—Carballo, *Antigüedades de Asturias*.

(6) La Crónica de Albelda, casi contemporánea, expresa se hizo el matrimonio de Alfonso y Ermisenda por expresa disposicion de Pelayo.

(1) Véase la donacion de Odoario á la iglesia de Lugo, año 744, que inserta Flores en la *España Sagrada*.

(2) Véase á D. Antonio Agustín en sus *Dialogos sobre las medallas de España*, y á Marden, *Historia crítica de España*.

(3) «...*Simul namque cum fratre suo Froilane, multa adversus Sarracenos praefici gessit, atque plurimas civitates ab eis olim oppressas cepit, id est, Lucum, Tudem, Portucalem, Bracarum-Metropolitanam, Viseum, Flavium, Agatam, Letesmarum, Salmanticam, Zamoram, Abalam, Secobiam, Astoricam, Legionem, Saldaniam, Mabe, Amsiam, Septemvancum, Aucam, Veligiam, Alabensam, Mirandum, Rebendecum, Carbonariam, Abicam, Brunas, Gimisariam, Alesanco, Osamam, Cluniam, Argantium, Septempubicam, exceptis Castris cum Villis et Viculis suis*.» (Crónica de Sebastian, Obispo de Salamanca.)

(4) *Urbes quoque Legionem, atque Asturiam, ab inimicis possessas Victor invasit. Campos quos dicunt Gothicos usque ad flumen Dorium eremavit, et Christianorum Regum extendit*.» (Crónica de Albelda.)

(5) *Eo tempore populantur Primorias, Lebana, Transmiera, Supporta, Carranza, Bardulia, quae nunc appellatur Castella, et pars maritima Gallie, Burgi-Alava namque Vizeya, Aleione a Urdinia a suis incolis reperiuntur semper esse possessas, sicut Pampilonia, Degius est atque Berroza*. (Crónica de Sebastian, Obispo de Salamanca.)



quedaban del todo arrasadas. De la repoblación de Lara, villa situada no lejos de Burgos, permanece un recuerdo en la siguiente inscripción que allí se encontró:



EN NOMBRE DEL SEÑOR, GUNDISALVO Y FEDERICO,  
EDIFICARON ESTA CIUDAD, SIENDO REY DON ALFONSO  
EN LA ERA 800.

Antiguamente se llamaba Municipio-Ausina, y hoy se nombra Lara (1).

El testimonio de las hazañas y conquistas de Alfonso, como ya dijimos, le encontramos en las historias árabigas. En la que antes hemos citado de *el Laghi* se lee refiriéndose al año 122 de la Ejira: «Entonces tomó el mando de los Austuriches Anfús el temido, el matador de hombres, el hijo de la espada (Ebn-el-Saif). Se apoderó de ciudades y fortalezas, y nadie osó hacerle frente. Por él padecieron mil y mil Musimes el martirio de la espada. Incendiaba las casas y los campos, y nadie podía fiarse de él.»—De todos los triunfos de Alfonso el Católico participó su hermano Fruela, tronco de la noble familia que aun hoy ocupa el trono español, y que fué tan fecunda en héroes. Después de guerrear valerosamente, parece quedó encargado del gobierno de las tierras de la frontera del Duero (2), en las que alzó para su defensa multitud de fortalezas y castillos, *Castella*, de donde tomó el nombre aquel extenso territorio, que fué después el mas principal de los reinos de España. Cual digno campeón de la religión, restableció Alfonso las iglesias y monasterios que las guerras destruyeron, contándose entre estos los muy renombrados de *Salagun* y *San Martín de Liebana*. También fundó algunos otros, como el de *San Pedro de Villanueva*, en la misma casa que habitaba antes de ser rey (3), y el de *Santa María de Covadonga* por cumplir el voto de Pelayo.—La escritura ó acta de fundación de este último, que se refiere al año 740, es un instrumento curiosísimo. Dice en ella el rey que en unión de su esposa Ermisenda había construido la iglesia de Santa María de *Covadonga* en Asturias, y que allí trasladaron la efigie de Nuestra Señora de Monte Sacro. Que la misma iglesia fué consagrada por doce obispos y otros santos abades, con asistencia de los señores del Palacio y de los optimates del reino, todo lo que se verificó según lo dispuesto por su suegro el rey Pelayo, que en aquella cueva venciera con el favor divino 50,000 moros el 1.º de agosto de 718.—Añade luego que estableció en aquel lugar un colegio de doce monjes con su abad llamado *Adulfo*, para que viviesen según la regla de San Benito, y que en la basilica se erigieron tres altares, uno dedicado á la Virgen María bajo el título de su Natividad, y los otros dos á San Juan Bautista y San Andrés Apóstol. Concluye el piadoso Alfonso haciendo al nuevo monasterio una donación de dos campanas de hierro, dos cruces, una de plata y otra de oro purísimo, tres cálices de plata, tres casullas de sarga, tres paliñas (4), quince capas, tres candelabros, cuatro incensarios, tres patenas, doce tapices adornados de flecos, veinte caballos, otras tantas yeguas, cuatro asnos, cien carneros, cuarenta ovejas, treinta cerdos, y todas las tierras que estaban cercanas al monasterio. Firman además del rey y la reina, los obispos *Pedro*, *Alfonso* y *Pena*, el conde *Anceto*, los abades *Belasico* y *Bitremiro*, el potestad *Suriano* y el presbítero *Avito*, que sirvió de Notario.—En otra donación cuya copia se conserva, y que data de 741, ofrecen Alfonso y su esposa al mismo monasterio de Covadonga las iglesias de Santa María de *Ponteferrato*, Santa María de..... San Andrés de *Benevente*, San Martín de *Ponte-Regina*, San Pantaleón de *Onís*, el monasterio de San Miguel de..... y todas las iglesias que hay desde el monasterio hasta Eijon y *Sausonem* (tal-vez *Gausonem* ó *Gauson*) hasta el mar Cantábrico. Los que suscriben además de los reyes son los obispos *Alfonso* y *Penapo*, el abad *Adulfo*, al que se le nombra *señor gloriosísimo* y tío del Rey, y el notario llamado

también *Adulfo* (1). Los prelados y monjes que figuraban en la corte de Alfonso, queriendo mostrarle su gratitud por su fervoroso celo en estender la religión y combatir á los musulines, le dieron el título de *Católico* que había ya llevado su antepasado Recaredo, y que siete siglos mas adelante había de aplicarse á uno de sus sucesores para seguir siendo el dictado de honor que distingue á los reyes de España. Algunos cronistas denominaron á Alfonso *el magno* y *el mayor*; pero prevaleció el apelativo de *Católico* con que le reconoce la historia. En su época se dice tuvieron origen los nombres de *Pecheros* ó *Hidalgos*. Eran aquellos los siervos dedicados al cultivo de las tierras, que satisfacían por ellas ciertos tributos ó *pechos* como el de la *fonsadena*, que cree un historiador asturiano (2) se denominó así por haberlo establecido el rey *Fonso* ó *Alfonso*. Otro impuesto que había en aquel tiempo tenía el nombre de *Anuada*, que consistía en cierta cantidad de trigo que se satisfacía en la época de la cosección. La *Devisa* era el que se pagaba por las *Dehesas* ó *Devisas*, y el *Montazgo* por engordar con bellotas el ganado de cerda. Los *Hidalgos* ó *Fidalgos* eran los guerreros, en su mayor parte de linaje noble, que seguían de continuo al rey y que estaban por lo mismo exentos de toda especie de tributo. En cuanto al gobierno que entonces regia á la monarquía asturiana, no puede dudarse seguiría formas análogas al que en Toledo establecieron los godos, y que las leyes del celebrado *Fuero-juzgo* continuaron observándose. Los altos funcionarios, denominados *Condes*, *Duques*, *Potestades*, *Dominantes* ó *Señores*, y los obispos formaban un cuerpo que tomaba el nombre de *Curia* ó *Corte*, *Concilio* ó *Consejo* del rey, donde brillaban los varones mas insignes en saber, jérrarquía y dignidad, que siempre en derredor del trono participaban de la soberanía, confirmando con el monarca todos los privilegios, concesiones y fueros de los pueblos, costumbre que subsistió hasta los tiempos de Isabel la Católica.—De la reina Ermisenda tuvo Alfonso tres hijos llamados *Froila*, *Vimarano* y *Adosirda*, de los que el primero y la última, como esposa de D. Silo, ocuparon el trono de Asturias. Después de viudo, tuvo de *Sisalda*, bellísima esclava ó criada suya, á quien unos hacen mora y otros asturiana del concejo de Caso (3) un hijo bastardo llamado *Mauregato*, que también logró ceñir la corona, y cuyo nacimiento debió ser anterior al año 733.—La muerte del rey tuvo lugar en su corte de Cangas de Onís en 737, cuando contaba 74 años de edad y 18 de reinado.—En la crónica de Sebastian, obispo de Salamanca, y en otras cercanas á aquel tiempo, se lee que en tanto los *diligentes palatinos* velaban el real cadáver en las altas horas de la noche; se oyeron voces de ángeles que repetían aquellas palabras de Isaías: *Es llevado el justo por apartarle de la maldad, y encontrará paz y descanso en su sepulcro*. Este estupendo y certísimo milagro, añade el mismo obispo cronista, sepan todos que es verdadero, y nadie pueda figurarse que es ficción, pues que entonces no osaría escribirla. Fué Alfonso sepultado en el monasterio de Santa María de Covadonga, donde yacía ya la reina, su esposa. En una de las paredes de la ermita construida dentro de la celebrada cueva de Pelayo, está empotrada la muy tosca tumba de piedra que contiene los venerandos restos de Ermisenda y Alfonso; pero solamente se ve la testera de aquella, donde se escribió en el siglo XVI este epitafio, que aunque muy prosaico y de mal gusto, resume su historia:

AQUÍ YACE

EL CATHOLICO Y SANTO REY DON ALONSO EL PRIMERO

Y SU MUGER DOÑA ERMESENDA,

HERMANA DE DON FAVILA, Á QUIEN SUCEDIO.

GANÓ ESTE REY MUCHAS VICTORIAS Á LOS MOROS,

Y FALLECIÓ EN CANGAS,

AÑO DE 737.

NICOLÁS CASTOR DE CAUNEDO.

## MEMORIAL

DE DON RODRIGO CALDERON,

MARQUÉS DE SIETE IGLESIAS.

SEÑOR:

De parte del Marqués de Siete Iglesias se suplica á V. M. se sirva de pasar los ojos por este memorial en que no pide á V. M. justicia, pues de esa le asegura le suma rectitud de V. M., sino pretende que

(1) El erudito Risco duda de la autenticidad de estas escrituras, por mas que las copias que de ellas existen sean antiquísimas, y el latin en que están redactadas tan bárbaro y desconcertado, cual el que se usaba en el siglo VIII.

(2) El jesuita Carballo.

(3) La crónica de Sebastian de Salamanca la llama *Sierre*; otras antiguas *Acilla*. El obispo D. Lucas de Tuy expresa era de *Caso* y en extremo hermosa. Morales la supone mora. En el concejo de Daso dicen que nació en una antigua torre, que aunque se ve en el pueblo llamado Campo-de-Caso, les pertenece hoy á los condes de Nava.

(1) «In nomine Domini. — Gundisalvus et Federicus fecerant istam civitatem sub rege duno Adefonso. In Era DCCC. Olim M. Ausina Modo Lara.» La piedra en que se escribió esta inscripción se encontró en la ermita de S. Julian bajo la piana del altar. Resulta pues que la antigua Ausina que los moros destruyeron, se reedificó en tiempo de Alfonso el Católico, pero tardaría algunos años á terminarse la restauración, pues la fecha de la memoria es de 772, muy posterior á la muerte de aquel rey. Creemos sea esta la primera escritura en que aparece el dictado honorífico de *Don ó Dono*, abreviación de la palabra latina Dominus.

(2) Fué pues *Conde* ó asociado en el reino, y en él tuvo origen el condado de Castilla (*Berganza*, *Antigüedades de España*). El monje de Silos, cronista del siglo XI, fija en doce años, seis meses, veinte dias, el tiempo del gobierno de Fruela en Castilla. Tuvo por hijos á Aurelio y Bermudo el diácono que llegaron á ceñir la corona de Asturias. Del último proceden los actuales reyes de España.

(3) Alfonso erigió este monasterio el 21 de febrero de 746, á persuasión de su esposa, y para consagrar un recuerdo al desventurado Favila, que murió muy cerca de aquel sitio. En la portada de la iglesia y en los chapiteles de las columnas del interior de la misma, se ve esculpida la lucha de aquel rey con el oso. (*Sandoval*, *Morales*, *Yepes*, *Carballo*, *Florez*, *Risco* y otros.)

(4) Llámase así las cubiertas del cálix.



tenga parte en su causa la gran piedad y clemencia de V. M., que es la que da estabilidad y firmeza á los reales tronos y la virtud mas digna de un tan gran Rey, de la qual siempre se ha prometido el Marques que se ha compadecido el magnánimo y real pecho de V. M. de sus desgracias y de su caída, que tambien enterneció la miserable caída y pecado de Adán el corazon de Dios su criador con ser el ofendido, y la encarecen los santos con decir que viendo la miserable caída de Adán la lloró el Criador, y le acompañaron los ángeles en el llanto y todas las virtudes celestiales, los cielos y la tierra y todas las criaturas.

Y porque es conveniente que se use de la piedad y clemencia con causas justificadas, se suplica á V. M. considere que no solamente el empeño de estas virtudes es compadecerse y perdonar las penas que los delincuentes merecen por sus culpas, sino tambien compadecerse de los inocentes y falsamente acusados y á quien su propia desgracia ha traído á estado miserable, y no solamente socorre la clemencia á la inocencia, sino tambien á la virtud; porque es tan poderosa la mudanza de los tiempos, que con ella sucede que lo que primero fué alabado y tenido por bueno despues se juzgue por malo y digno de pena, y en todas estas materias hallará empleo la gran piedad y clemencia de V. M. en la causa del Marques, pues junto con algunas culpas y descuido que avrá tenido, hallará V. M. que en las causas principales de que ha sido acusado y de que dieron ocasion á su prision y á su desgracia tiene el Marques mucha inocencia y está calumniado con algunas apariencias falsas que han puesto en peligro la honra y reputacion del Marques y su casa. Y tambien hallará V. M. otras acciones que cuando se hicieron se tuvieron por servicios y dignas de alabanza y la mudanza de los tiempos las hace aparecer delitos, y en unas y en otras tendrá justísimo empleo la gran clemencia de V. M., particularmente si considera las razones siguientes:

Lo primero que las acusaciones y visitas que se le han hecho al Marques ha nacido de conocidísima pasion y envidia de tantos y tan poderosos émulos como la inventaron, y en prosecucion de ella se han visto tan monstruosos efectos como suele causar una desenfrenada pasion, pues han usado de la prosecucion de esta causa sus émulo de algunos inquisitimos medios hasta fingir apariciones de difuntos y hasta presentar por testigos que dijese lo que habian oído á unos endemoniados, y otros que deponen de indicios manifestamente falsos y hablan mas fundados en la temeridad de sus juicios que en la verdad y temor de Dios, y en tales deposiciones se deja entender quanto avran escedido testigos presentados con tan gran pasion y quan sospechoso es lo que se ha opuesto al Marques aunque estuviese probado.

Item, que su descargo no ha podido ser igual á las diligencias que se habian hecho para sus cargos, así por la poca comunicacion que ha tenido como porque apenas ha habido testigo que quiera decir por temor de tan poderosos émulos como ha tenido, y porque muchos de sus descargos dependian de la confidencia con que vivió y sirvió á los pies de S. M., que tiene el cielo, y debaxo de la mano del Cardenal Duque, de la cual confidencia nació el no haberse prevenido el Marques de muchas cosas que importaban para su seguridad, por la fée con que vivió de la grandeza de S. M., y aunque despues recurrió á sus pies suplicándole declarase algunas cosas tocantes á su justicia, S. M. no lo hizo tan complidamente como convenia á la justicia del Marques, parte por no aver avido quien le pudiese traer á la memoria algunas cosas que verdaderamente pasaron, y parte por averles atajado la muerte y la desgracia del Marques y tambien el Cardenal Duque por algunos justos respetos, se han abstenido de declarar mucho de lo que á la justicia del Marques tocaba, con lo cual no ha podido quedar tan clara como convenia.

Destos dos principios se colige que si la causa del Marques se mirase con todo rigor á lo alegado y provado por los contrarios con los pocos descargos que el Marques ha podido hazer se caeria en manifiesto peligro grave de castigar en él las culpas en que está inocente y cuando se ofrece tan manifiesto peligro, mejor y mas seguro es dexar de castigar la culpa que esponerse al peligro, de castigar al inocente, y el mismo aura en el exceso del castigo, que es la razon mas fuerte que puede inclinar la gran piedad y clemencia de V. M. y aun obligarle á que muestre su grandeza templando el rigor que los jueces atados á las leyes suelen usar por no tener libertad de dispensar en los rigores, sino de ejecutar en lo alegado y provado. Y aunque algunos de los cargos que se le hacen al Marques tocan en materias de estado muy graves que las resolvió el consejo de Estado, ó S. M. mismo con consejo de algunos de los mas graves ministros, los cuales si les imputasen la culpa del Marques aunque las hubiese fomentado y solicitado seria condenar por delito lo que entonces fué estimacion, pues de endezezar lo que S. M. y sus consejos resuelven antes merece premios que pena, y para lo no padecer sin culpas es justo que intervenga la gran piedad de V. M.

Item, es justo considere la grandeza de V. M. que las culpas que al Marques se le atribuyen se cometieron entre muchos servicios he-

chos con grande amor y fidelidad; y no es justo se pesen los unos sin los otros; porque si un servicio de importancia echo al principe despues de algun delito es bastante conforme á las leyes para absolver á cualquiera delincuente de la pena aunque sea capital, no deben ser de peor condicion los servicios que se han hecho antes de los delitos, ni menos los que se juntan con ellos para merecer que la gran piedad de V. M. temple y modere la pena que la culpa merece.

Item, suplica á V. M. que considere el gran rigor y extraordinario estilo que se ha usado con el Marques, aun hasta el modo de mandarle sentenciar; pues siendo costumbre asentada y justificada con razon fortísima de justicia que ningun juez que haga la visita la sentencie, ni aun tenga voto en ella, y ejecutándolo esto tan inviolablemente, que aunque el juez sea gravísima persona y constituida en grandísima dignidad, no le da lugar á que sentencie la visita que ha hecho, como son ejemplares, el arzobispo de Santiago, que es hoy, que habiendo hecho la visita al reino de Nápoles, siendo arzobispo de Salerno y despues obispo de Badajoz, y habiendo venido á esta corte á dar cuenta de la visita y mandádole presidir en el consejo de Italia, en el interin que venia el conde de Lemos, y habiéndole dado el arzobispado de Santiago, no solamente no le remitieron la visita para que la sentenciasen, sino antes le señalaron jueces á quienes diese cuenta de ella, y ni aun voto le concedieron en las sentencias, y lo mismo se hizo con D. Juan Zapata, del consejo de la general Inquisicion y Obispo de Zamora, en la visita que hizo de la Chancilleria de Granada, y lo mismo con todos cuantos han hecho visitas hasta el dia de hoy, lo cual tiene dos razones fundamentales, fortísimas, que son; la primera, la general presuncion que ay contra los que hazen la visita y forman el proceso de que se inclinan siempre al rigor y se aficionan tanto á la causa que han echo, que muchas veces les parece que está provado lo que no hay indicios bastantes para preguntar al reo; y la segunda, porque el juicio de la visita es sin apelacion, ni le queda otro recurso al sentenciado, sino que es fuerza se execute la sentencia primera que se diere, y si no se fia al que ha hecho el proceso el darla, porque no quede damnificado irreparablemente el visitado, por sospecha de que se excedió y no se hizo justicia, y todas estas razones se han atropellado con el Marques, no se sirviendo V. M. de darle jueces, sino mandando que los mismos que hicieron la visita la sentenciasen, y siendo este un juicio sin apelacion, y estando la sospecha, la costumbre y la ley contra los jueces que hicieron la visita, si la gran piedad de V. M. y su gran clemencia no entrase templando el rigor que se puede temer de los jueces en caso semejante, seria irreparable el daño que el Marques padeceria, y dudosa la justificacion de la sentencia.

Tambien suplica á V. M. considere que el Marques no ha tenido ministerio alguno por el cual debiera ser visitado, porque en el que tuvo de los papeles de la Cámara, es ocupacion nunca jamás sujeta á visita, y así ninguno de sus antecesores ha sido visitado; y siendo la visita un juicio tan irregular y tan riguroso, mandarle hazer á quien no esté sujeto á él por razon de su ministerio, es rigor que si la gran clemencia y piedad de V. M. no se templase en la sentencia, se podria tener por grandísimo, por haberle faltado al Marques, que en otro género de juicio pudiera aver tenido, y caso que aquel ministerio se pretendiera estar sujeto á visita, está ya cumplido con ella, pues S. M. que esté en el cielo mandó á D. Fernando Carrillo el año de 1607, que visitase al Marques, y juzgaran la visita al Conde de Miranda, D. Juan Idiaquez, y el padre confesor que entonces era juntamente con D. Fernando Carrillo, y dieron por libre al Marques, y en consecuencia de esto dió S. M. una cédula en favor del Marques, y habiéndole mandado hazer segunda visita sobre los mismos articulos de que entonces fué dado por libre, es muy digno de la clemencia de S. M. apiadarse de tan gran miseria y templar la sentencia, porque es muy digno de los reales ánimos no segundar el golpe que una vez se hizo.

Item, siendo la culpa de aver recibido algunas dádivas y presentes notoria á S. M. que esté en el cielo, y aun habiendo sido la noticia no solo de lo que verdaderamente el Marques recibió, sino aun de mucho mas, que por relaciones falsas, S. M. avia entendido; con todo eso, S. M. se sirvió de condonarle y perdonarle estas culpas y asegurarle que no seria visitado, ni agravado por ellas como consta por sus Reales Cédulas y papeles en esto, pues en todas, por virtud de estas se hizo verdaderamente del Marques lo que antes pudiera pretender el Fisco, pues por la condonacion y perdon de S. M. parece que quitó el derecho que el fisco en nombre suyo pudiera pretender, lo cual es muy considerable, y mucho mas el ser tan sagrada la fé, que los Reyes deven á sus palabras y á sus Reales Cédulas, que en ambos fueros no puede tener falencia ni escusa que baste, y mucho menos en el interior ni conforme al presumirse fraude considerable en las cédulas en que S. M. hizo esta condonacion y gracia, pues tuvo noticia de las culpas y penas que perdonaba y las quiso voluntariamente perdonar, sin querer dar lugar á que por ellas fuese el Marques molestado.

Tuvo S. M., que tiene el cielo, muy fuertes motivos para esto

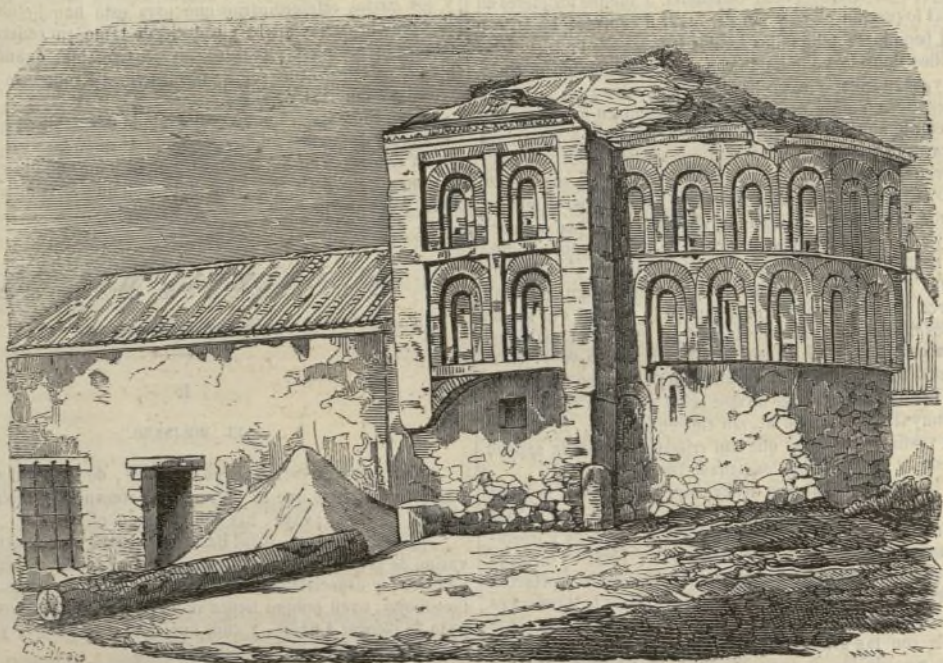


como él lo muestra en las mismas cédulas, diciendo que es su voluntad concederlas por los servicios del Marques y por otros justos respetos y causas, las cuales siempre se han de entender fueron bastantísimas, y que en quantas cosas podía S. M. dispensar que las dispensó todas. Y cuando no hubiera otra causa mas que una sola, que todos la tocamos en la mano, era bastantísima para que S. M. hiciera toda la dispensación que podía, que es los muchos y muy poderosos enemigos que el Marques tenia, que siempre estaban calumniando sus acciones y amenazándole de muerte, llenos de envidia y pasión contra él, por lo qual era justísimo el temor que el Marques tenia de que sus enemigos le avian de destruir, aunque fuese con calumnias y falsos testimonios. Y representada esta razon á S. M. y conociendo quan grande era el peligro del Marques y quan verdadero y sin ficción, tuvo bastantísima causa para dar las cédulas que dió, y remitir las culpas y penas que perdonó por cerrar la puerta á que no le opusiesen y provasen los émulos las culpas que no habia cometido, y teniendo por mejor perdonarle las que avia hecho, que dejarle en manifiesto peligro de que fuese acusado y padeciese en la honra y en la vida por las culpas que nunca avia cometido, y esta razon se ha descubierto mas y mostrado la fuerza que tenia con la experiencia de esta causa de que consta evidentemente quan falsamente ha sido el Marques acusado de

algunas cosas gravísimas, y quan iniquos medios se han inventado para provárselas.

Y no fué esta dispensación y remisión de penas contra la pública utilidad, antes muy en favor de ella, pues ninguna cosa ay que tanto contradiga al bien público como abrir las puertas á la venganza, á la emulación y á la envidia y á la mala voluntad, y á las calumnias y malas voluntades y falsas acusaciones, ni cosa mas en favor del bien comun y propia utilidad que cerrar las puertas á todo lo sobredicho y á los falsos y calumniosos acusadores, porque no habría honra segura si esto no se hiciese así, y toca á la grandeza del Príncipe, particularmente quando los enemigos y émulos son los mas poderosos del reino, escusar del peligro de sus calumnias y enemistades á cualquiera vasallo, quanto mas al que aviendo servido á sus piés y crecido á su sombra era tenido por criatura propiamente suya; y así movió fortísimamente esta razon el ánimo de S. M. por muy justo título, y fué muy en favor del bien comun la dispensación hecha, y pudo muy lícitamente hazerla.

Y oy toca á la rectitud y á la grandeza y reputación propia de V. M. y al bien público el mandar guardar estas Cédulas Reales á la rectitud, porque es justicia guardarlas, siendo como son verdaderas y dadas con tan gran consideración y tan gran fundamento de ra-



(Ermita de los Milagros.—Talamanca.)

zon, y toca á la grandeza y reputación por la veneración que debe V. M. á las acciones, palabras y Cédulas Reales de su gran padre y señor nuestro, y sería estimarlas en menos si V. M. no las hiziese observar puntualmente; y si la fée en guardar palabras entre todo género de naciones es tenida por cosa sagrada y entre todo género de hombres por tan de estima que todos hacen reputación de guardarla, y no ay quien no tenga por baja el quebrarla, quanto mas es justo que esto tenga fuerza en la grandeza de V. M., haciendo guardar las palabras y Cédulas Reales que dió un tan gran Rey, y á quien debe V. M. tan gran veneración por ser su padre. Y esto tambien toca al bien público, porque si las palabras y Cédulas Reales se violasen ó desacreditasen, el pueblo se retiraría teniendo por cosa sin valor y sin crédito las promesas de los Reyes y los asientos echos con ellos, cosa de que nacerian grandes inconvenientes para el bien público y aun para el particular de los Reyes, y si V. M. consiente perder el respeto á las Cédulas y palabras reales de su padre, que esté en el cielo, que no son contra el patrimonio real ni contra el bien público, abriría la puerta y daría ejemplar á muchos inconvenientes que no estan bien á su grandeza.

Y no baste decir que S. M., que esté en el cielo, permitió siendo vivo quebrantar estas Cédulas Reales, y dió lugar á que el Marques fuese visitado y consiguientemente á que fuese con rigor juzgado, porque á esto se responde que S. M., que esté en el cielo, le persua-

dieron las voces de los émulos del Marques, que era agresor de tan inormes y atroces delitos, y consiguientemente que no era digno de que se le guardasen cédulas ni palabras reales, á quien avia cometido crímenes *lese majestatis* tan graves y tan atroces; y dejándose llevar de este dictámen S. M. dejó correr las cosas con toda libertad, sin reparar en las Cédulas y palabras reales; pero aora, señor, ya que consta no ser el Marques agresor de tales crímenes y tales delitos, *lese majestatis*, qué razon hay para justificar el no guardar las cédulas y palabras reales? Y sin duda se esperaba de la grandeza de S. M. que ajustándose esta verdad, que el Marques no era agresor de los crímenes que se le oponian, usara de su gran piedad y clemencia tan conforme á su grandeza; y á la de V. M. toca aora hacer lo mismo en la ocasion presente.

Y lo segundo se responde que aunque fuera verdad el aver cometido el Marques los crímenes *lese majestatis* que le oponian, no habia cosa que le obligase á quebrantar las cédulas y palabras reales, ni aunque lo justificase, porque si eran verdaderos los crímenes sin quebrantar la cédula ni palabra real, sino antes conservando la grandeza que en guardarlas consiste, tenia perdida el Marques la vida, la honra y la hacienda con que se acababa con todas sus cosas. Luego quando hubiera cometido estos delitos no avia necesidad de quebrantarle las palabras reales, y mucho menos no los habiendo cometido, pues no lo habia dismerezido. Y así toca á la grandeza de V. M. el mandar



guardar al Marques sus cédulas, ó por lo menos tener atención á ellas.

Templar el rigor que los jueces sin atender muchas veces á estas razones de equidad y de la grandeza de V. M. intentan sus sentencias, para lo cual hallará V. M. razon de la pública utilidad, pues lo es y digno de la grandeza de V. M. compadecerse de un hombre desgraciado, perseguido de sus enemigos y afligido por tantos caminos, y no consentir que logrea la venganza que intentaron sus émulos.

Y caso que diga, la utilidad pública consiste en dar escarmiento á los demás, suplica á V. M. considere aquel escarmiento que se ha dado con el rigor que él ha hecho en las personas del Marques, es tan grande, que el que no escarmentase con él, no avra rigor ninguno con que escarmiente. Y después de tanto rigor y tanto escarmiento, antes toca á la pública utilidad que sepan que sabe V. M. usar de piedad y clemencia, que es el medio con que se suelen hazer amar los Reyes, porque si todo fuese temor nacerian de ello muchísimos inconvenientes.

Item, la principal pretension de los émulos del Marques ha sido fomentar la voz de que era agresor de crímenes *lese majestatis*, y en esto se han empeñado, de manera que quando ven que no ha podido su malicia llegar á alcanzarlo, pretenden que no quede del todo libre de esta mancha y infamia, y así estan á la mira y hazen diligencias para que al Marques se le aplique penas por otras culpas, la cual ellos pueden prohibir á los crímenes *lese majestatis*. Y aunque los jueces en sus sentencias lo pongan claro y sin dar lugar á equivocaciones, con todo eso si la pena fuese tal que los émulos la pudiesen prohibir á las culpas que ellos opusieron, lo harán con gran perjuicio de la honra del Marques y de su casa, y como han sido poderosos para infamarle tan gravemente con culpas que no cometió, tambien lo serán para tener perseverante aquella infamia con aplicar la pena á las culpas que ellos opusieron, aunque en ellas esté por sentencia declarado por inocente, porque como la sentencia la verán pocos y solo suena en la voz del vulgo la pena, tendrán ellos libertad y potencia para publicar lo que quisieren, y así toca á la grandeza de V. M. mirar por la honra del Marques y aun por la reputacion comun de estos reynos, la qual ha padecido hasta ahora, y padecerá si se prohibiesen á los crímenes graves la pena que se diese al Marques, y deste peligro suplican á V. M. se sirva librarle, no permitiéndole que se le dé pena que sea de calidad que los émulos la puedan prohibir á las culpas infamatorias, pues no las ha cometido, pues no solo toca á la grandeza de V. M. el curar por medio de la justicia al vasallo enfermo, sino tambien el cuidar que la herida que se le haze no deje señal afrentosa en el honor, lo qual seria muy fácil templando la gran clemencia de V. M. el rigor de que suelen vestirse los jueces que han criado causas de la calidad que ha sido esta, y en que se han empeñado tanto.

Y aunque la piedad y clemencia del Principe cuando toma la mano son aguardar á la satisfaccion del reo, justifica la gracia que le haze recibiendo en descargo de las penas debidas su propia bondad y liberalidad. Y esto mismo espera el Marques de la gracia, piedad y clemencia de V. M.; pero ahora de las satisfacciones arriba dichas representa á V. M. muchas y muy considerables que ya ha dado; la primera es averle opuesto al Marques delitos tan atroces y tan infamatorios y por ellos prendídole con tan gran ruido y tan gran escándalo, no solo de estos reynos, sino de los de todo el mundo, presumiendo todos y teniendo por evidente el ser el Marques agresor de todos los delitos atroces, que sonaban con tan grande infamia de su persona que desde oriente á poniente no ha quedado Señor, Principe ni vasallo en cuya opinion no haya estado gravísimamente lesa la fidelidad y reputacion del Marques con la mayor infamia que podía oponer en el mundo, y siendo esta pena de la infamia tan grave, y mas en tales materias, y habiéndola padecido el Marques tan inocentemente, como consta de los procesos, suplica á V. M. la tome en descargo de otros descuidos y culpas; pues pena tan grave basta á purgar quantos delitos se hubieran cometido, como no hubieran sido *lese majestatis*, quanto mas culpas inferiores como son las que el Marques puede haber cometido; y aun parece que para resarcirle el daño que por tan grande infamia ha padecido, era menester muchos favores y demostraciones que soldaran tan grande quiebra, y pedir que se tome esto en descargo de algunas culpas inferiores no parece escoso, sino cosa justificada.

Item, lo que el Marques ha padecido en casi dos años y medio de prision, mudándole de tres cárceles, y esta última tan rigurosa y con tan grandes descomodidades y sin un criado suyo que le sirviese, estando él de hordinario con tan poca salud y aviendo estado siempre sin luz, si no es de velas, y lo mas del tiempo á puerta cerrada, y tratándole con tan gran rigor en razon de no darle misa y confesion, cosa que aun á los mas graves delinquentes no se les suele negar, y en hombre que ha tenido tan grandes puestos como el Marques es mas considerable.

Item, la gravedad del tormento tan riguroso que el Marques padeció ocasionándole mas las voces de sus émulos y el aver pregonado

ellos que si se le daban confesaría el Marques los delitos que se le oponian, que no lo estava provado contra él, ni de los indicios que de lo procesado resultaban, y siendo la pena del tormento tan grave en persona que ha tenido los puestos que el Marques, y con que se purgan aun los delitos reales y verdaderos, quando no estan suficientemente provados, y constando ya, como consta, de que tales delitos no ha auido ni el Marques los ha cometido, y habiéndose desvanecido los indicios remotos, que de la temeridad de lo que algunos decian resultaban, justo es que se le tome el tormento en descargo de otras culpas, si constare averlas cometido, pues le padeció por las culpas que falsamente le impusieron sus émulos; y mucha mas fuerza tiene esto no aviéndose procedido con él para el dicho tormento con el estilo que el derecho y las leyes disponen en semejantes ocasiones, para que pudiera defenderse.

Item, los grandes daños que el Marques ha padecido en su hacienda con tan notables y escesivos gastos como ha sido forzoso hazer en tan largas prisiones y con tantas guardas y diligencias como se han hecho, los quales parece justo tomar en descargo de las penas que se le hubieren de imponer en materia de hacienda y tomar á quenta todos los daños que en ella ha padecido.

Y así mismo las descomodidades y trabajos, tribulaciones y peligros en que se ha visto su padre del Marques, y la Marquesa su mujer y sus hijos inocentes, y los ducos que les han asistido en semejante ocasion y los gastos extraordinarios que para esto han hecho, caminando siempre tan cuesta arriba y padeciendo tanto en enderezar esta defensa que todas estas razones son considerables quando los delitos porque principalmente se ha padecido viene á conocerse ser manifestamente impuestos y finjidos.

Compadézcase señor V. M. del estado miserable en que se halla el Marques y de la afliccion de su mujer y de su padre y sus hijos inocentes. Y si todas las razones referidas no bastan, supla la gran bondad y la gran piedad de V. M. lo que falta, con que se reducirá á igualdad todo. A los pies de V. M. rendido se lo suplica.

## EL GUARDIA DEL REY.

NOVELA HISTORICA.

I.

EL MOLINERO.

—Muy instruido estás, amigo Santiago, de lo que al rey atañe y á su familia: cierto que tu afición á los romances y leyendas te dan luces... y ¡vaya! ¡vaya! has equivocado el oficio.

—¡Qué cosas tienes, Juan! Basta un mediano conocimiento y observacion de lo que es el mundo, para sobresalir de la generalidad de los hombres, y especialmente de los de nuestra clase, que ven porque tienen ojos, oyen porque tienen oídos, y son poco menos... pero no trato de ofender á nadie, y cada cual viva á su antojo, y aproveche como le cumpla sus mejores disposiciones.

El que de esta suerte se espesaba era un hombre de cuarenta años, robusto y de buen humor, mas despejado que todos los que con la boca abierta le escuchaban, y de sanos y puros sentimientos.

Llábase Santiago, jefe ó dueño de un molino á corta distancia de Toledo.

Tres ó cuatro parroquianos hacíanle compañía á las primeras horas de una noche lóbrega y lluviosa, de aquellas en que el fuego del hogar se hace mas consolador y apetecible.

Discurrían acerca de la época, últimos del reinado de D. Alfonso el Sabio, y el molinero exageraba sus talentos, que positivamente fuéron extraordinarios, atendida la oscuridad de su tiempo, así como no lo fuéron menos las crueles contrariedades de su vida.

—El rey, decía Santiago, el nieto ilustrado de Doña Berenguela, el hijo de Fernando, conquistador de Sevilla, en cuyo sitio se halló el mismo Don Alfonso, esclarecido en las armas y en las letras, se le callumnia... y se le llamó hereje!... ¿Y por qué? ¡Pardiez que es injusticia!... Porque ha mandado venir á cinco ó seis astrónomos para que observen los movimientos de las estrellas... ¿Y es esto brujería?

Los astros nos indican las mudanzas de los tiempos; y el hombre, atento á su curso, dispónese á conservar su salud, á regularizar su vida, y al cultivo de los campos, y todo lo que sea descubrir los misterios de la naturaleza, es para mayor honra y gloria del Hacedor supremo, cuya sabiduría se trasluce en las cosas mas insignificantes del cielo y de la tierra. El rey, al propio tiempo que se asocia á esos que llamais *brujos*, y yo hombres de ciencia, combate á los infieles, crea obispos, prohíbe el lujo, y da muestras de verdadera y cristiana pie-



dad. Dígase que no tiene suerte, y que hasta los hijos de sus enemigos... y si no, hay teneis á D. Sancho... ¡qué iniquidad! Hoy se apresta á imitar la conducta de los rebeldes Laras... de esa ilustre familia, que ha envuelto el reino en odios y turbulencias.

—Como que dicen que se lo han pronosticado esos físicos... Yo les daría con un hacha en la cabeza... son mas hechiceros!... Ellos tienen la culpa de lo que al rey le está pasando.

—¡Calla, Juan!... son cosas que no entiendes.

Santiago quedó como si aplicase el oído hácia un ventanillo que daba al Tajo, y observado que fué por uno de los compañeros, le preguntó sonriéndose:

—¿Qué escuchas? Paréceme, Santiago, que te das en demasía á las cosas de duendes, *sinos* y misterios... ¿Y tú crees en los relumbros de las estrellas? ¿Para el necio que se fiase de sus pronósticos!...

—Soy de opinion, dijo el molinero, de que nos retiremos á descansar; la noche arrecia, y es á propósito para dormir aunque solo sean dos horas.

Levantáronse, le siguieron, y cada uno fué á su retiro, interin les tocaba el turno de su tarea.

Santiago, después que hubieron de alejarse, exclamó para sí: ¡pese á mi ánima, si no he oído la voz de un hombre... y algunos lamentos!... ¡Nuestra Señora del Valle le favorezca!... Algun desventurado es víctima quizás de injustos perseguidores... Nos hallamos en unos tiempos... que... A la sazón entreabría la ventana, y dijo, cerrándola de repente: ¡Oh! no me engañé... llevan un farolillo... y á estas horas, y por entre esos peñascos... no adivino qué diantras pueden buscar... ¡Dios sobre todo! Y se retiró.

Vamos lo que ocurría á las márgenes del Tajo.

Bajaron á un sitio escabroso dos hombres, conduciendo á otro, sujeto por un cordel, que llevaba el último, y alumbrando la senda un farol que debajo de la capa traía el primero.

—Ya hemos llegado: reza una salve: fía tu salvación á la Virgen, y disponte á caer á lo profundo del río: debieras bajar muerto; pero por mi parte no tengo valor para herir á sangre fría á otro hombre, y mucho menos si no me ha ofendido.

—¡Soy inocente! exclamaba con voz apasionada y melancólica el infeliz que aparecía como reo.

—No te exigimos explicaciones: no somos jueces ni confesores: cuando el rey lo manda...

—¡Imposible!!!

—¡Tú eres un espía de D. Juan de Lara!

—¡Es una vil calumnia!...

—Nosotros cumplimos con arrojarle al río.

—¡Qué impiedad!... Yo solo traje una carta, y...

—¡Silencio!

Acordándose aquel desdichado de que muchas veces el interés suele ser el móvil de las acciones humanas, había deslizado unas cuantas monedas en la mano del que le traía sujeto de la garganta con un cordel, y tuvo la suerte de despertar la compasión en el pecho de un hombre capaz de cualquier infamia.

—Soy de parecer, dijo á su compañero, de que abandonemos á este pobre diablo, y nuestra conciencia se salva con manifestar que se ha cumplido la orden. Yo tambien, como tú, soy opuesto á ofender á nadie sin motivo.

—¿Y D. Gonzalo?

—Creará lo que se le cuente.

—No me atrevo.

—Pues yo respondo: ¡ea! buen hombre, libre estais: pero una condicion: no volvais á reaparecer por estos sitios, y lo menos por un año debéis estar ausente de Sevilla. ¡Dios te ampare!

Y desaparecieron, dejando enajenado de temor y de sorpresa al triste, que tuvo ante sus ojos una muerte cierta y espantosa.

La noche era tan fría y oscura, que no acertó en mucho tiempo á colocarse en la senda en direccion al molino, cuya luz percibía con el júbilo que en alta mar y en medio de la borrasca descubre el piloto el brillante faro del puerto.

Después de mil afanes y del miedo de verse otra vez en manos de sus desconocidos agresores, ó de sepultarse por la oscuridad en el Tajo, y no sin haber sufrido fuertes golpes contra las piedras, de cuyas resultas llevaba ensangrentado el rostro, dió con la suspirada senda, y por último con la puertecilla del molino.

Escuchó un momento, y resolvióse á llamar.

Estaba el buen Santiago sumergido en hondas ilusiones acerca del suceso del río, cuando dieron tres golpes á la puerta; levantóse prontamente, y dió hospitalidad á un joven bañado en sangre, á quien después de ofrecerle algunos auxilios, le hizo sentar junto á la lumbre.

—¿Qué causa os trajo á tales horas por estos sitios? le preguntó el curioso aunque compasivo molinero.

—Perdonad, si no revelo mi amarga situación, ni los motivos que

la han ocasionado: algun día recogeréis el premio de vuestro proceder benéfico: contentaros por ahora con saber que os viviré profundamente reconocido, llevando grabado en el alma el eminente servicio que me dispensais.

Santiago, que era hombre de ilusiones, fijóse una en extremo liasonjera: imaginóse que hablaba con algun emisario secreto del rey, que había sufrido aquella desventura, y la casualidad de ampararle era ya un seguro indicio de un porvenir dichoso. Dióse toda la importancia que requería el caso, y no atreviéndose á turbar el sosiego de su ilustre huésped, se retiró á su cuarto, después de haberle rogado, aunque inútilmente, que aceptase una humilde cama.

El misterioso acorrido revelaba una clase decente, por ejemplo la de paje de una noble familia: era muy joven y de agradable presencia, circunstancia que interesó doblemente al molinero.

Este había dado parte á su mujer, y se prometía un resultado feliz. Por de pronto, cuando despertó, desvaneciéronse las risueñas esperanzas del crédulo Santiago. Su protegido huyó sin despedirse, lo que sintió en el alma, no tanto por la accion, cuanto porque su mujer y sus parroquianos le hicieron larga burla, calificándole poco menos que de loco.

## II.

### LA TRAICION.

Existía en la corte de Alfonso un joven caballero, D. Diego Manrique, de bella y simpática figura, de conocida bravura y elevadas prendas morales, dotes que le hubieron de granjear la estimacion de todos, y muy particularmente la del rey.

Unia á tan recomendables circunstancias la de haber sido compañero desde su niñez del infante D. Fernando, cuya muerte sintió tanto como el monarca su padre; y fué de sentir, porque el tal príncipe era de un genial afabilísimo y galante, un tipo de bondad y sumision, enteramente opuesto al de D. Sancho, cuyo carácter nos legó la historia como turbulento, descontentadizo y pérfido.

Manrique profesa un ardiente y puro amor á Doña Isabel Castro de Lara, dama joven, hechicera, orgullo de su familia y encanto de los que la admiraban. Su extraordinaria hermosura no era superior á su índole candorosa, ni á la lucidez de su entendimiento.

Habitaba en Sevilla con su madre, viuda de un pariente y campeón del partido de D. Juan de Lara, y después un hijo suyo del de D. Sancho, y por consiguiente enemiga incompatible de D. Alfonso.

Esta contrariedad constituía á los amantes en una cruel y amarga desventura; y como si el destino tratase de acrecer su enojo contra dos almas castas y dignas, les presentó un rival temible en D. Gonzalo, palaciego intrigante y envidioso.

Este daba sus pasos, y mas de una vez fué desairado en sus pretensiones por la bella Doña Isabel de Lara.

De la anómala situación en que se hallaba el reino, surgian graves complicaciones, motivo por el cual Manrique había salido de Toledo con una mision importante cerca del rey de Aragon, D. Jaime el Conquistador, amigo íntimo y cariñoso, consejero noble y desinteresado del monarca castellano.

D. Gonzalo, en su viaje á Sevilla, redobló sus amorosas instancias... pero sin fruto. Isabel sentía un vehemente cariño por Manrique, y perseveraba en su pasión como la virgen fervorosa en su constante y dulce ternura hácia el Eterno.

Indignado el rival, espíó sus menores confidencias, y tomó á Toledo con el alma llena de ira, sediento de vengarse.

Cuando Isabel juzgó como cierto el regreso de su amante, mandóle un paje en quien fiaba mucho por ser respetuoso y leal administrador del preclaro nombre de su prometido.

Silvio, que así se llamaba, no desconociendo los riesgos de su mision, afrontó de voluntad todas las eventualidades por complacer á su señora, y fué portador de un billete amoroso y de una *banda* hábilmente bordada con el mas exquisito gusto.

Enviósela como un grato recuerdo de su acendrada fé, con el fin de que Manrique, si salía á las batallas ó á los torneos, se adornase con ella, y le inspirase firmeza, amor y denuedo.

La cinta era negra, de raso, y en el fondo una primorosa flor, una rosa de oro, que sirvió como de emblema á fuer de un galardón que la hermosura le remitía, espresando en lo negro el sueño y esperezando amor:

*Si es tu fé pura y cumplida,  
la causa no está perdida.*

El inesperto paje, si bien precavido y receloso, anduvo no obstante imprudentemente por la ciudad en busca de D. Diego; y habiendo tenido aviso D. Gonzalo Carvajal por una doncella de Doña Isabel, á quien sedujo con generosas dádivas, sorprendió á Silvio en



ocasion de marcharse desconfiado ya de ver á quien afanosamente buscó por espacio de cinco días.

Quitáronle el billete y la banda y lo sepultaron en una habitación tenebrosa, desde la cual fué conducido á recibir una inmerecida muerte á la margen del caudaloso Tajo.

Salvóse del modo que ya saben nuestros lectores; pues Silvio fué el hombre infortunado que debió protección al compasivo molinero.

Nada pudo traslucir de sus misteriosos enemigos, y solo después de mucho tiempo recordé haber oído el nombre de D. Gonzalo.

Este falso caballero, en venganza de los desaires de Doña Isabel, supo urdir una inicua trama de la que pretendió hacer víctima al valeroso mancebo y su rival Manrique.

Hallábase el rey gravemente preocupado en los asuntos de gobierno, circuido, digámoslo así, de temores y conflictos, leyendo en las páginas de un cercado y sombrío porvenir la ingratitud y perfidia de muchos de sus antiguos vasallos.

Se dió al olvido con venganza de su fama la pacificación de Portugal, los tratados ventajosos con el rey moro de Granada, su guerra y convenio con el aragonés, la sumisión de Vizcaya, el adelanto de las ciencias y el arreglo de la legislación, la toma de Jerez, Sidonia y otras plazas, la sumisión de Vizcaya, y los triunfos en fin en la florida vega del Darro, serie de hechos gloriosos que debieran inmortalizar su nombre y mantener vivo el respeto de sus ingratos súbditos.

Creyéndose con derecho á la corona imperial germánica, y realmente los tenía, vióse desairado; mas no tanto sintió la repulsa, porque al fin procedía de extranjeros, cuanto las fratricidas guerras que los nobles hicieron estallasen en todo el reino.

Así se vió en la necesidad de sufrir mas duros golpes: su hijo D. Fernando terminó sus días, y aquella pérdida le fué profundamente desgarradora. Su genial franco y bondadoso constituía las delicias de su embelesado padre. La suerte adversa le arrebató un ángel de dulzura, dejándole en su lugar un monstruo de fiera.

D. Sancho, á quien aseguró la sucesión del trono, á quien fió sus tesoros y el mando del ejército, colocóse al frente de los descontentos, y cometió el crimen de acusar á su mismo padre.

Hiciéronle á D. Alfonso los cargos de haber rendido homenaje á Portugal; sus escesivos dispendios, querer entregar á Jaén á uno de los Ordas, y el rescate de la emperatriz de Alemania.

Las Cortes de Valladolid, convocadas por el bastardo interés de sus mas sañudos enemigos, decretaron esta sentencia:

*Que D. Alfonso de allí adelante no administrase justicia y le fuesen quitadas las plazas de Castilla, que no se le acudiese con las rentas de sus reinos, que ni fuese acogido ni en villas ni en fortalezas.*

(Continuará.)

ALFONSO GARCIA TEJER.

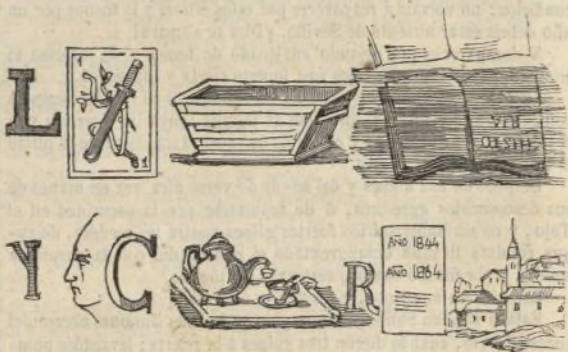
## HISTORIA NATURAL.

Yo soy Júpiter potente,  
papá de los animales;  
atención pues, hijos míos,  
y todo el mundo se calle.  
¿No veis los brutos que pueblan  
el agua, la tierra, el aire? -  
Yo he creado todos esos  
ó aquellos; no hay que enojarse.  
Por mí viven los leones  
muy pesados y muy graves,  
con un bosque en los carrillos,  
con melenas y con guantes.  
Hicelos á uso del siglo,  
vigorosos, ideales,  
globos llenos que no suben  
y cerillas de Cascante.  
Siempre están entre las damas  
para hacer habilidades,  
y quisieran ser falderos  
porque en brazos los llevasen.  
Muchos asno: hice luego;  
(en Madrid los hay muy grandes),  
y les di coche tirado  
por sus pobres semejantes.  
Les tapé orejas y cola  
y parecen racionales;  
mientras callan no va malo;

Dios nos libre de que hablen.  
Después dije: allá van osos,  
(hoy están muy abundantes)  
centinelas sin consigna,  
postes vivos y de carne:  
aunque sirven de atalayas  
no hay gobierno que los pague;  
si los cazan como fieras,  
¿dónde habrá jaulas bastantes?  
Los monos se subdividen  
en *sapientes* é *ignorantes*:  
de aquellos se encuentran pocos,  
de estos hay en todas partes.  
Lleno tengo el universo  
de camellos y elefantes,  
que siempre sacan la oreja,  
aun por mucho que se tapen.  
Para azote de los hombres  
se pasean por las calles  
mucho lobo y mucho zorro  
que nunca pierden el hambre;  
muerden la mano que estrechan  
al que llega á descuidarse,  
y comen casas, ladrillos,  
alhajas y matorrales.  
Hay lagartos y culebras  
mas astutos que una cárcel,  
y que sin ser la de Adán  
á muchos hacen adanes.  
No faltan muy buenos peces  
con escamas formidables,  
y ranas que no son ranas  
para saber lo que hacen.  
¡Qué bien provisto está el mundo  
en la clase de las aves,  
escribanos en las plumas,  
poetas en remontarse!  
Porque hay buitres carniceros,  
y unas águilas rapaces,  
que en agarrando un caudal  
se hacen águilas caudales.  
Hay tortolitas viudas  
civiles y militares,  
palomas de cuarto bajo,  
cotorras y gavilanes.  
No quiero decirlos mas,  
que enojan los animales,  
y en este picaro mundo  
no hay cosa que no nos canse.  
Acuda si queda alguno,  
y quiere que le retraten,  
á un muchacho amigo mío  
que podrá hacerle un romance.

José GONZALEZ DE TEJADA.

## JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.